

Artículo de investigación

Dimensiones de análisis de los recuerdos personales como recuerdos afectivos

Marina Trakas^{1,2}**Correspondencia**

marinatrakas@gmail.com

Filiaciones institucionales¹Instituto de Investigaciones Filosóficas (IIF),
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas (CONICET, Argentina)²Sociedad Argentina de Análisis Filosófico
(SADAF, Argentina)

Resumen

La investigación reciente en psicología cognitiva sobre la memoria emocional ha estudiado las distintas formas en que las emociones afectan a la memoria, sin profundizar no obstante en la comprensión de la manera en que los aspectos emocionales, afectivos y mnemónicos se encuentran estrechamente entrelazados en el contenido mismo de un acto de reminiscencia. En este artículo propongo un marco conceptual de análisis que nos permite entender los recuerdos personales como recuerdos esencialmente afectivos, y que se articula en torno a dos variables continuas e independientes: por un lado, la intencionalidad del recuerdo, es decir, el objeto hacia el cual el recuerdo está dirigido, que puede ser descriptiva o evaluativa; por el otro, la perspectiva afectiva del recuerdo, que puede fluctuar desde la perspectiva de primera persona hasta la perspectiva de tercera persona. Las dos dimensiones son analizadas en profundidad y las limitaciones de este marco y las futuras líneas de investigación son igualmente presentadas.

Palabras clave

recuerdos personales | afectividad | emoción | intencionalidad | perspectiva afectiva

Cómo citar

Trakas, M. (2021). Dimensiones de análisis de los recuerdos personales como recuerdos afectivos. *Revista de Psicología*, 20(1), 256–284. [HTTPS://DX.DOI.ORG/10.24215/2422572XE126](https://dx.doi.org/10.24215/2422572XE126)

Proceso editorial

Recibido	1ra decisión
15 jun. 2021	4 jul. 2021
Aceptado	Publicado
25 jul. 2021	26 jul. 2021

ISSN

2422-572X

LicenciaLicencia de Cultura Libre [CC-BY 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)
(Compartir - Adaptar - Atribuir)**Entidad editora**RevPsi es una publicación de la
Facultad de Psicología (Universidad
Nacional de La Plata, Argentina)**ACCESO ABIERTO**
DIAMANTE

Dimensões da análise de memórias pessoais como memórias afetivas

Resumo

Pesquisas recentes em psicologia cognitiva têm estudado as diferentes formas como as emoções afetam a memória, sem, no entanto, aprofundar a compreensão de como os aspectos emocionais, afetivos e mnemônicos estão intimamente ligados no conteúdo de um ato de reminiscência. Neste artigo, proponho um quadro conceitual de análise que nos permite compreender as memórias pessoais como memórias essencialmente afetivas, e que é articulado em torno de duas variáveis contínuas e independentes: por um lado, a intencionalidade da memória, ou seja, o objeto para o qual a memória é dirigida, que pode ser descritiva ou avaliativa; de outro lado, a perspectiva afetiva da memória, que pode flutuar da perspectiva da primeira pessoa para a perspectiva da terceira pessoa. As duas dimensões são analisadas em profundidade e as limitações desse arcabouço e futuras linhas de pesquisa também são apresentadas.

Palavras-chave

memórias pessoais | afetividade | emoção | intencionalidade | perspectiva afetiva

Dimensions of analysis of personal memories as affective memories

Abstract

Recent research in cognitive psychology has studied the different ways in which emotions influence memory, without delving into the understanding of the way in which emotional, affective and mnemonic aspects are closely intertwined in an act of recollection. In this article, I develop a conceptual framework of analysis that conceives personal memories as being essentially affective memories. The framework displays two continuous and independent variables: on the one hand, the intentionality of the memory, that is, the object towards which the memory is directed, which can be descriptive or evaluative; on the other hand, the affective perspective of the memory, which can fluctuate from the first person to the third person perspective. These two dimensions are analyzed in depth, and the limitations of this framework and future research directions are also presented.

Keywords

personal memory | affectivity | emotion | intentionality | affective perspective

Aspectos destacados del trabajo

- Los recuerdos personales son afectivos.
- La afectividad y las emociones son esencialmente relacionales.
- La intencionalidad de los recuerdos personales puede ser descriptiva o evaluativa.
- Existen diversas perspectivas afectivas de primera y tercera persona.

¿Cómo comprender y analizar los recuerdos personales¹, tanto en la investigación en psicología empírica como en la práctica clínica? En este artículo propongo un marco conceptual para entender los recuerdos personales como recuerdos esencialmente afectivos, el cual presenta dos ejes independientes de análisis: la intencionalidad del recuerdo, es decir, el objeto hacia el cual el recuerdo está dirigido, y la perspectiva afectiva del mismo. Para ello, procedo de la siguiente manera: en el primer apartado presento las preguntas generales que han guiado la investigación empírica reciente en psicología cognitiva sobre la relación entre la memoria y la emoción, con el objetivo de demostrar sus limitaciones a la hora de comprender la manera en que los aspectos emocionales, afectivos y mnemónicos se encuentran estrechamente entrelazados en el contenido mismo del recuerdo. Posteriormente, introduzco ciertas conceptualizaciones distintas sobre la naturaleza tanto de la memoria como de la emoción, conceptualizaciones que aparecen en investigaciones empíricas y teóricas sobre la memoria o sobre la emoción, pero que no han sido fusionadas para analizar la estrecha interacción entre la memoria, la afectividad y la emoción. A partir de esta breve exposición de la literatura, delinearé ciertos supuestos sobre la naturaleza esencialmente afectiva de los recuerdos personales, así como también sobre la naturaleza de la afectividad y de las emociones, que tomo luego como punto de partida para pensar de manera diferente dicha interacción y bosquejar así un marco conceptual de análisis de nuestros recuerdos personales.

El marco conceptual propuesto presenta dos variables continuas independientes: la intencionalidad del recuerdo y su perspectiva afectiva. En la tercera sección desarrollo entonces en detalle la intencionalidad del recuerdo, la cual puede ser descriptiva o evaluativa. Mientras que la intencionalidad descriptiva refiere a recuerdos centrados en las propiedades descriptivas de un evento que pueden, en principio, ser corroboradas intersubjetivamente, la intencionalidad evaluativa refiere a la evaluación en términos de daños, beneficios, moralidad y/o autoimagen que realiza el sujeto sobre el evento recordado. Debido a ello, es de naturaleza personal y refiere a propiedades que el evento adquiere en su relación con el sujeto. Esto no significa, sin

embargo, que solo los recuerdos con intencionalidad evaluativa presenten un aspecto afectivo: la afectividad también puede encontrarse en la periferia del recuerdo cuando las descripciones y no las valoraciones son el centro de nuestra atención. En la cuarta sección presento la segunda variable: la perspectiva afectiva de los recuerdos personales. Según el yo que es afectado por el evento recordado (presente o pasado) y la relación de identificación o distancia entre el yo presente y el yo pasado, distintas perspectivas afectivas son posibles, en el continuo que se extiende desde los casos más “auténticos” de perspectiva de la primera persona hasta la perspectiva de la tercera persona propiamente dicha. Cinco perspectivas afectivas posibles son propuestas y analizadas: interna de primera persona; externa de primera persona; nostálgica; de tercera persona; desapegada de tercera persona.

Finalmente, en el último apartado, las dos variables continuas independientes son integradas en un marco general de análisis, al mismo tiempo que se exponen las limitaciones de dicha propuesta y las futuras líneas de investigación que dichas limitaciones sugieren. El marco de análisis aquí esbozado no pretende entonces ser exhaustivo, sino más bien presentar una primera propuesta teórica que brinde mejores herramientas conceptuales que las existentes para comprender y analizar los recuerdos personales tanto en la investigación en psicología empírica como en la práctica clínica.

Investigación en psicología cognitiva sobre la relación entre la memoria y la emoción

En psicología cognitiva, desde la década del 80 se ha extendido exponencialmente la investigación empírica sobre la relación entre la memoria y las emociones (Christianson, 1992; Reisberg y Hertel, 2004; Holland y Kensinger, 2010). Al analizar dicha literatura, se puede apreciar que la mayor parte de dicha investigación empírica ha indagado sobre la manera en que las emociones sentidas en las fases de codificación y de recuperación de los recuerdos influyen y determinan en cierta medida algunas propiedades de esos recuerdos. ¿A qué propiedades se refieren? Con respecto a las influencias de las emociones sentidas en la fase de codificación (y consolidación) de la memoria, las siguientes preguntas han guiado la investigación científica:

- ¿Cómo afectan las emociones la codificación de la información central de un evento versus la codificación de información periférica? (Reisberg y Heuer, 2004; Levine y Edelstein, 2009)
- ¿Las emociones potencian la sensación de vivacidad del evento recordado? (Rubin y Kozin, 1984; Wright y Gaskell, 1992, Mickley y Kensinger, 2009)
- ¿Las emociones aumentan la confianza en el recuerdo y el sentimiento subjetivo de rememoración? (Phelps y Sharot, 2008; Rimmele et al., 2011)

- ¿Cómo afectan las emociones la precisión del evento recordado? (Kensinger 2007, 2009)
- ¿Las emociones aumentan la probabilidad de que un evento sea recordado? (Dolcos, LaBar y Cabeza, 2004)
- ¿La valencia de la emoción (positiva o negativa) juega un rol determinante en las propiedades del recuerdo anteriormente mencionadas? (Berntsen y Rubin, 2002; Levine y Bluck, 2004; Kensinger y Schacter, 2006)

Con respecto a las influencias de las emociones y estados de ánimo² sentidos en la fase de recuperación en la memoria, la pregunta que ha guiado la investigación empírica concierne la manera en que la valencia de la emoción o del estado de ánimo presente determina el grado de accesibilidad del recuerdo, así como también la selección de información para reconstruir el evento recordado (Rusting y DeHart, 2000; Miranda y Kihlstrom, 2005; Koole, 2009).

La investigación empírica parece entonces estar más orientada hacia el estudio de la manera en que las emociones influyen ciertas propiedades que son atribuibles a los recuerdos desde un punto de vista externo, es decir, desde el punto de vista del recuerdo *objetivado* por el sujeto o el experimentador, como lo son la confianza y la precisión, así como la probabilidad de recuperación. Aunque también se ha analizado la influencia de las emociones pasadas en ciertas propiedades fenomenales del recuerdo (como el sentimiento subjetivo de rememoración, o la vivacidad), no se ha profundizado en el análisis de la manera en que las emociones, o más bien la afectividad (como definiré posteriormente), son parte intrínseca del contenido de un recuerdo en una experiencia rememorativa.

Quizás un ejemplo sirva para aclarar las preocupaciones más comunes sobre la relación entre memoria y emoción en la investigación actual en psicología cognitiva. Si tuviera un accidente automovilístico, se examinaría si mi recuerdo de dicho accidente (evento de claro corte emocional) es más vívido, más preciso, más exacto y más accesible que un recuerdo no emocional, y si el contenido del recuerdo es focalizado o contiene información periférica. Los investigadores estarían interesados en la probabilidad que yo recuerde dicho accidente automovilístico en comparación con recuerdos no emocionales, así como también en la probabilidad relativa de recordar dicho accidente según mi estado de ánimo actual. Pero no se analizaría la manera particular en la que aspectos afectivos y mnemónicos se encuentran estrechamente entrelazados en el contenido mismo de mi recuerdo del accidente.

Esta ausencia de análisis se podría en principio explicar en función de dos motivos: ciertos presupuestos sobre la naturaleza de las emociones y la memoria, así como la falta de marcos teóricos que orienten dicha investigación. Muchas de estas investigaciones empíricas asumen de manera implícita que las emociones y la memoria son dos capacidades cognitivas distintas, que ciertamente interactúan y se influyen mutuamente, pero siempre manteniendo su carácter distintivo en dichas

interacciones. Las emociones pasadas influyen la manera en que el recuerdo declarativo o visual de dicho evento emocional se codifica y se recupera; las emociones presentes determinan en cierta medida los recuerdos que son recuperados; la recuperación de ciertos recuerdos causa estados emocionales. Esta manera de concebir la relación entre la memoria y las emociones, que previamente ha sido caracterizada como “el pensamiento de sentido común” (Trakas, 2015, 2021), denota a su vez una conceptualización sobre la naturaleza de la memoria y de las emociones que se podría considerar un tanto reduccionista. A grandes rasgos, las emociones son concebidas como la consciencia de cambios fisiológicos, (James, 1884), o como activaciones fisiológicas (*arousal*) acompañadas de cierta valencia positiva o negativa (Russell, 1980; Lang et al., 1993); es decir, como esencialmente somáticas. Por otro lado, el recuerdo es considerado o bien como una imagen visual, tal como fue conceptualizado desde la Antigüedad (Aristoteles, 350 BC/1955; Locke, 1690/1994), o como esencialmente declarativo, tal como fue concebido a principios del boom de los estudios científicos sobre la memoria en la década del ‘70 (ver, por ejemplo, Tulving, 1972)³.

Quizá la ausencia de un marco teórico que guíe una investigación empírica distinta sobre la íntima interacción entre la memoria y la emoción se deba a las conceptualizaciones de la memoria y la emoción generalmente asumidas por los investigadores. Esto sugiere que la adopción de concepciones distintas sobre la naturaleza de la memoria y la emoción podría en principio abrir nuevas posibilidades para pensar de manera diferente su posible interacción, y esbozar a partir de allí un marco útil tanto para la investigación empírica como para la práctica clínica.

Presupuestos para un marco general de análisis de los recuerdos personales como recuerdos afectivos

Como anticipé anteriormente, pensar de manera distinta la intrínseca interacción entre la memoria y las emociones implica concebir de manera distinta la naturaleza tanto de las emociones como de la memoria. Eso es justamente lo que me propongo en este apartado: presentar concepciones alternativas más acordes con la investigación empírica y la modelización actual de la memoria, por un lado, y de las emociones, por el otro. En efecto, y contrariamente a lo que se podría esperar a partir del sondeo general de la investigación empírica centrada explícitamente sobre la interacción entre la memoria y las emociones, ciertas investigaciones y teorizaciones sobre la memoria así como también ciertas investigaciones y teorizaciones sobre las emociones han dado cuenta, cada una por su lado, del entrelazamiento intrínseco entre ambos fenómenos.

En primer lugar, la afirmación básica adoptada por las teorías somáticas de la emoción, es decir, que las emociones y la cognición son dos sistemas separados e independientes, ha sido ampliamente criticada. En neurociencias, la idea de un sistema límbico ha caído mayormente en desuso (ver Barrett, 2017). Varias

investigaciones han mostrado que la idea de un sistema neuronal dedicado a las emociones es improbable porque la cognición y la emoción se superponen ampliamente a nivel cerebral (Pessoa, 2008; Hamann, 2012; Lindquist et al., 2012), por lo que toda conducta, estado y proceso cognitivo es también afectivo. Las recientes teorías construccionistas psicológicas de la emoción (Barrett et al., 2007) han introducido la noción de afecto central (*core affect*) para referirse a los sentimientos afectivos más elementales y bipolares de placer y disgusto, tensión o relajación, depresión y euforia (Russell y Barrett, 1999), sentimientos que reflejan la manera personal en que los sujetos son afectados por su ambiente. A diferencia de las emociones, el afecto central no está dirigido hacia un objeto, sino que se encuentra presente en todas nuestras experiencias. Su intensidad es en parte modulada por nuestra atención: cuando es atribuida a una causa situacional y categorizada según los conceptos emocionales disponibles socialmente, pasa de estar en el fondo de nuestra experiencia a estar en primer plano, y da lugar a lo que se conoce como una experiencia emocional (Barret et al., 2007; para una perspectiva similar desde la fenomenología, ver Colombetti, 2013).

Siguiendo esta misma línea, mientras que los modelos de memoria episódica más tradicionales han conceptualizado al recuerdo episódico como esencialmente declarativo, distintos modelos neurocientíficos más recientes han integrado explícitamente la información afectiva y/o emocional como parte constitutiva de la memoria episódica (Dolan et al., 2000; Allen, Kaut y Lord, 2008; Yonelinas y Ritchey, 2015). Dicha integración también se verifica en los modelos psicológicos actuales de la memoria episódica. El modelo multimodal y multisistema propuesto por Rubin (2006) considera que las memorias episódicas siempre están formadas por la coordinación mutua de diferentes sistemas independientes, incluido el sistema de emociones (aunque la idea de un sistema de emociones es cuestionable, como he explicado anteriormente). El modelo de Conway (2009) sobre las memorias episódicas también propone que la unidad más básica de representación de la experiencia, el elemento episódico (EE), corresponde a una representación fragmentaria y sumaria de la experiencia que es el resultado del procesamiento sensorial-perceptual-conceptual-afectivo de estímulos externos. El afecto, en este modelo, sería parte de toda unidad básica de experiencia que es central para la construcción de cada uno de nuestros recuerdos episódicos. Por otro lado, es esperable que aquellos recuerdos personales almacenados a largo plazo sean significativos para el sujeto y, por tanto, presenten un aspecto afectivo saliente, a diferencia de recuerdos relacionados con objetivos prácticos de corto plazo (i.e. comprar leche), que no pasarán por un proceso de consolidación e integración con recuerdos y conocimientos previos, pues serán posteriormente olvidados (Conway, 2005).

Por otro lado, la mayoría de las teorías recientes sobre las emociones consideran que estas son episodios de corta duración constituidos por procesos dinámicos con componentes heterogéneos (Goldie, 2000; Barrett et al., 2007; Lambie y Marcel, 2012; Griffiths, 2013; Mulligan y Scherer, 2013). Estas teorías híbridas no identifican

las emociones con un solo componente en particular, como la activación fisiológica, sino con la interacción de múltiples componentes (algunos de los cuales son generalmente considerados como cognitivos): evaluaciones, tendencias para la acción, posibilidades de acción, cambios fisiológicos, expresiones faciales, vocales y conductuales, y sentimientos subjetivos (Barrett et al., 2007; Lambie y Marcel, 2012; Moors et al., 2013; Moors, 2014). Si bien existe desacuerdo sobre la forma en que estos componentes se relacionan entre sí, y si bien distintos tipos de emociones pueden presentar distintas configuraciones (emociones más “cognitivas” como los celos pueden ser menos fisiológicas que el miedo frente a una amenaza física), existe un alto consenso en que las emociones involucran algún tipo de evaluación (*appraisal*)⁴ sobre la relación entre el ambiente y el sujeto (Mulligan y Scherer, 2013), más específicamente, sobre la manera en que el sujeto se ve afectado por el ambiente en términos de daños y beneficios para su bienestar (Lazarus, y Smith, 1988; Lazarus, 2001), y en términos de moralidad y/o autoimagen (Mulligan y Scherer, 2013). Este último tipo de appraisal está asociado a los códigos morales internalizados por el individuo y a las reglas y valores sociales.

Un punto importante a destacar, es que las evaluaciones no deben ser necesariamente entendidas como “cognitivas”, sino que pueden ser automáticas, inconscientes (Arnold, 1960; Lambie y Marcel, 2002), estar incrustadas en la experiencia perceptiva (Arnold, 1960; Martin, 1992; Tye, 2008) y/o estar corporeizadas (Colombetti, 2013; Prinz, 2004). En efecto, las evaluaciones y las emociones parecen estar relacionadas conceptualmente (Moors et al., 2013; Mulligan y Scherer, 2013), y aunque exista un desacuerdo sobre su naturaleza y sobre el papel que juegan las evaluaciones en una emoción, siempre se asume en cierta medida que las evaluaciones son la fuerza motriz de un episodio emocional. Además, siguiendo los lineamientos esbozados por Arnold (1973), varias conceptualizaciones teóricas recientes han integrado estructuras de memoria en la explicación de los procesos emocionales, con la finalidad de subrayar el papel fundamental que juegan las emociones pasadas en la experiencia de muchas de nuestras emociones presentes (Damasio, 1994; Philippot y Schaeffer, 2001; Phelps, 2004; Alexander y O’Hara, 2009).

En consonancia con dichas conceptualizaciones y modelizaciones de la memoria, por un lado, y de las emociones, por el otro, adopto como punto de partida para el marco general de análisis los siguientes supuestos:

- Todo recuerdo personal es esencialmente afectivo, pues todos los estados y procesos mentales están permeados de afectividad, aunque en distintos grados;
- La afectividad refiere a las evaluaciones (en general automáticas, inconscientes, incrustadas en la experiencia perceptiva y/o corporeizadas) del sujeto en relación con su entorno, es decir, a la forma en que el sujeto se siente afectado por el entorno en términos de daños, beneficios, moralidad y/o autoimagen.

- Las emociones difieren de la afectividad. Aunque la afectividad constituye el núcleo de una emoción, la experiencia emocional involucra además factores heterogéneos: requiere de cierto nivel de atención por parte del sujeto, así como también de la experiencia de una causa situacional de dicha afectividad, y cierta categorización a partir de los conceptos emocionales disponibles.

Esta concepción general de la memoria personal, de la afectividad y de la emoción, permite delinear dos dimensiones de análisis diferentes para comprender los recuerdos personales como recuerdos esencialmente afectivos: la intencionalidad del recuerdo y la perspectiva afectiva. A continuación, analizaré en detalle dichas dimensiones antes de integrarlas en un marco general.

La intencionalidad de los recuerdos personales

En su análisis de la noción de evaluación (*appraisal*), Lazarus (1991) realiza una distinción entre información y significado: la información no es significado, porque el significado se refiere a la valoración atribuida a la información, la cual es construida por la persona. Si la información se refiere a algo que se da en el ambiente y que en principio es independiente del sujeto, el significado se refiere a la forma en que lo que se da en el ambiente afecta a un sujeto en términos de daños, perjuicios, moralidad y/o autoimagen, es decir, se refiere a las evaluaciones de la relación persona-ambiente.

Nuestros recuerdos personales pueden entonces estar dirigidos hacia la información sobre un evento, un objeto, una persona, un lugar recordado, o pueden estar dirigidos hacia las valoraciones de dichos eventos, objetos, personas, etc. Mientras que la información sobre un evento, objetos, etc., podría ser en principio corroborada empíricamente por cualquier persona que haya presenciado o participado en el mismo hecho, es decir, intersubjetivamente, o por evidencia empírica (grabaciones, fotografías, documentos, etc), las valoraciones sobre un evento, objetos, etc., se refieren al significado atribuido al evento recordado por un sujeto en particular, por lo que en principio solo puede ser corroboradas por el mismo sujeto, o por evidencia empírica producida por el mismo sujeto (actos de habla, diario íntimo, carta, etc). Por ejemplo, para el evento “fiesta de la semana pasada”, la cantidad de personas que asistieron, el color de los globos, la hora en que el evento comenzó, todos estos son datos sobre el evento. El hecho de que la fiesta me haya parecido aburrida o divertida no proporciona ninguna información sobre la fiesta en sí que podría ser corroborada empíricamente por cualquier otro participante de la fiesta, sino que reporta evaluaciones del evento que expresan una relación de significado personal entre el yo y el mundo. Esta distinción propuesta entre información y evaluaciones sobre un evento, objeto, persona, lugar, etc., podría ser similar a la distinción entre propiedades relacionales y no relacionales /

intrínsecas que se hace generalmente en filosofía del lenguaje. Las propiedades relacionales se conciben como propiedades que tiene un objeto porque guarda alguna relación con una no parte de sí mismo (Marshall y Weatherson, 2018). Las evaluaciones de los eventos podrían compararse entonces con propiedades relacionales del evento, pues son atribuidas al evento en función de la relación que guarda con un sujeto. Sin embargo, al realizar esta analogía es preciso aclarar que, aunque todas las evaluaciones de un evento refieren a propiedades relacionales del evento, no todas las propiedades relacionales son evaluaciones (*appraisals*): propiedades físicas y espaciales del evento (grande, chico, primero, segundo, etc) también se conciben generalmente como propiedades relacionales, pero no están relacionadas con la significación atribuida a un evento en función de la manera en que afecta al sujeto en términos de daños, beneficios, moralidad y/o autoimagen.

En términos generales, entonces, podemos conceptualizar la intencionalidad de un recuerdo, es decir, el objeto hacia el cual el recuerdo está dirigido, como situándose en algún punto de un espectro entre dos extremos: uno descriptivo, orientado hacia el ambiente externo, y otro evaluativo, orientado hacia el yo (Figura 1).



Figura 1. La intencionalidad de los recuerdos personales.

Intencionalidad descriptiva

Una pregunta que debe ser resuelta, entonces, es en qué sentido un recuerdo personal puede ser concebido como esencialmente afectivo si su intencionalidad es descriptiva, es decir, si refiere a las propiedades descriptivas del evento, objeto, persona, lugar, etc., recordado. Mientras que muchos de los recuerdos personales codificados a largo plazo son claramente significativos para el sujeto en términos de daños, beneficios, moralidad y/o autoimagen, a veces recordamos de manera consciente solamente las propiedades descriptivas de esos mismos eventos, sin que las propiedades evaluativas sean objeto explícito de nuestro recuerdo. Esto no significa, sin embargo, que toda afectividad esté ausente. La afectividad puede encontrarse en la periferia del recuerdo cuando las descripciones y no las valoraciones son el centro de nuestra atención. Cuando el contenido afectivo no es atendido como un objeto intencional, podemos no obstante ser conscientes (*aware*) de él de forma pre-atentiva y pre-reflexiva. Este tipo de evaluación del ambiente atendida de manera pre-atentiva y pre-reflexiva es similar a la noción de “evaluación primaria” introducida por Lambie y Marcel (2012) en su modelo de la experiencia emocional. Reutilizando ciertas herramientas conceptuales de dicho modelo, se podría decir que el contenido afectivo pre-reflexivo y, por tanto, la fenomenología del

recuerdo, pueden variar dependiendo de la prominencia del mundo o del yo. Si el mundo es más saliente que el yo, el contenido afectivo pre-reflexivo consiste en la manera en que experimentamos el mundo en términos de sus posibilidades de acción (*affordances*)⁵, es decir, en términos de las acciones que éste nos habilita. Para seguir con el ejemplo de la fiesta, si el objeto intencional de nuestro recuerdo estuviese centrado en la visualización del salón, la afectividad pre-reflexiva de nuestro recuerdo orientada hacia el mundo nos haría sentir el espacio recordado como un espacio abierto y acogedor para bailar y divertirse. Si por el contrario, el yo es más prominente que el mundo, el contenido afectivo pre-reflexivo puede tomar la forma de sensaciones corporales interoceptivas cuando el foco está en el yo evaluado, o de tendencias a la acción (*action tendencies*) cuando el foco está en las posibilidades, imposibilidades e inminencias de las acciones corporales. Volviendo al ejemplo del recuerdo descriptivo de la fiesta, la afectividad pre-reflexiva de nuestro recuerdo orientada hacia el yo nos haría sentir el propio cuerpo como mejorado y energizado (sensación interoceptiva), o sentir la necesidad de levantar los brazos y bailar (tendencia a la acción)⁶.

Por otro lado, la distinción introducida por Colombetti (2011) entre dos tipos de pre-reflexividad en la consciencia: de fondo y de primer plano, puede también resultar útil para comprender mejor el dinamismo y fluctuación de todos los elementos de una experiencia, incluido el contenido afectivo. Mientras que recuerdo las características del salón de la fiesta, sensaciones corporales interoceptivas, tendencias a la acción y/o posibilidades de acción ofrecidas por la fiesta pueden ser muy recesivas en mi experiencia de rememoración, por lo que puede suceder que no las atienda en absoluto o simplemente que las atienda de manera pre-reflexiva. Pero también pueden pasar al primer plano de mi experiencia y estar así más presentes en mi experiencia, aunque todavía no sean atendidas como un objeto explícito de nuestra consciencia. Estas diferencias en el nivel de consciencia de los contenidos afectivos y, por tanto, su presencia en nuestra experiencia, podrían explicar la distinción —probablemente más conceptual que vivencial— entre una afectividad primordial, siempre presente de manera recesiva en cada experiencia, y una emoción pre-reflexiva.

En conclusión, un recuerdo personal con intencionalidad descriptiva, es decir, dirigido hacia las propiedades descriptivas del objeto recordado, puede estar cargado no obstante de afectividad, la cual puede presentarse de manera pre-reflexiva en nuestra consciencia de múltiples maneras. Estas sutilezas fenoménicas de la afectividad de un recuerdo cuando la afectividad no es su objeto intencional son ciertamente difíciles de modelizar para su estudio empírico. Quizá en un contexto terapéutico puedan presentar mayor utilidad, especialmente en situación de recuerdos traumáticos, en donde el sujeto muchas veces encuentra dificultades para objetivar su propia afectividad y elaborarla de manera narrativa (Habermas y Berger, 2011). Sacar a la luz esta afectividad sentida en el trasfondo de la experiencia puede ciertamente ayudar al sujeto a tomar consciencia de sus dimensiones y encontrar mejores estrategias de afrontamiento (*coping mechanisms*) del pasado traumático.

Intencionalidad evaluativa

El recuerdo personal se vuelve explícitamente afectivo cuando la intencionalidad de dicho recuerdo está orientada hacia las propiedades evaluativas del evento, objeto, persona, etc., recordado. En estos casos, el contenido afectivo se encuentra objetivado y se convierte así en el foco de atención del sujeto. Siguiendo los elementos de análisis propuestos por Lambie y Marcel (2012), el contenido afectivo puede tomar diferentes formas: puede ser no-proposicional o puede ser proposicional, dependiendo de la atención focal. Si la atención es altamente analítica y se dirige a los componentes de la experiencia y no al todo, nuestra consciencia de la evaluación del evento recordado será no proposicional. Volviendo al ejemplo de la fiesta, si el objeto intencional de mi recuerdo se dirige hacia el aspecto del mundo de la evaluación, puede tomar la forma de consciencia de la fiesta como un espacio abierto y acogedor para bailar; si se dirige hacia el aspecto del yo de la evaluación, puede tomar la forma de consciencia de mi cuerpo mejorado y energizado o consciencia de la necesidad sentida de levantar los brazos y bailar. Cuando la atención es sintética, es decir, cuando la atención trata de capturar la totalidad de la experiencia, esta da lugar a una consciencia proposicional y narrativa de las evaluaciones. Una vez más, siguiendo el ejemplo de la fiesta, si se dirige hacia el aspecto del mundo de la evaluación del evento recordado, puede tomar la forma proposicional de “la fiesta fue muy divertida”, “la música pegadiza de la fiesta me hizo bailar toda la noche”. Si se dirige hacia el aspecto del yo de la evaluación del evento recordado, puede tomar la forma de “bailé durante toda la noche en la fiesta”. Cuando la atención es altamente sintética y se centra en el aspecto evaluativo ya no del evento sino del yo, somos conscientes de una emoción pasada en tanto que emoción: “me sentí feliz en la fiesta” sería un ejemplo de este caso.

Cabe mencionar que en un recuerdo, la consciencia de este contenido afectivo proposicional puede ir acompañada de un contenido afectivo no proposicional, o de contenidos afectivos pre-reflexivos. Esto significa que los distintos contenidos afectivos de un recuerdo no son mutuamente excluyentes; de hecho, es posible que los pensamientos afectivos y emocionales conscientes, el contenido afectivo no proposicional y aquel pre-reflexivo se influyan mutuamente, en una especie de bucle. Esto da cuenta una vez más del dinamismo y la heterogeneidad de la afectividad de nuestros recuerdos personales. Los casos de episodios emocionales angustiosos, cuando por ejemplo una persona en medio de llantos y lágrimas verbaliza al mismo tiempo sus pensamientos emocionales sobre un hecho reciente perturbador, podrían ser un buen ejemplo del dinamismo y movilidad atencional que caracterizan a nuestras experiencias rememorativas.

Hay amplia evidencia empírica sobre la presencia en nuestros recuerdos tanto de contenido afectivo no-proposicional como de contenido afectivo proposicional y narrativo. Por un lado, la idea de que los recuerdos presentan contenido afectivo no-proposicional está asociada con la presencia en nuestros recuerdos de contenido imagístico, como lo son las imágenes visuales (Brewer, 1995; D'Argembeau y Van der

Linden, 2006; Holmes y Mathews, 2010; Greenberg y Knowlton, 2014). Un creciente cuerpo de evidencia empírica respalda la idea de que las imágenes mentales tienen consecuencias emocionales muy poderosas. Según Holmes y Mathews (2010), las imágenes mentales pueden evocar contenido afectivo y emocional de tres formas distintas: (a) a través de una influencia directa sobre las regiones cerebrales más emocionales que responden a las señales sensoriales, debido a que las áreas cerebrales activadas por el contenido imagístico se superponen de forma muy considerable con las implicadas en el procesamiento de los estímulos sensoriales equivalentes; (b) a través de una influencia menos directa, en la que las imágenes sensoriales se interpretan como similares a los estímulos sensoriales externos debido a la superposición de patrones de activación entre las imágenes mentales y la percepción (lo cual probablemente sea más evidente en los trastornos psicológicos como el TEPT); (c) de una manera más indirecta aún, activando información codificada sobre los sentimientos y emociones asociados al evento recordado, lo que puede llevar a la reproducción de la misma emoción (véase también LeDoux, 1993, 1996).

Con respecto al contenido afectivo proposicional y narrativo, varios estudios empíricos del recuerdo en contextos conversacionales apuntan en la misma dirección: en los casos no-patológicos, las personas tienden a recordar más información evaluativa y afectiva sobre las experiencias pasadas que detalles sensoriales y otros tipos de información descriptiva. Según el estudio realizado por Hyman (1994), independientemente de las instrucciones dadas (recuerdo del evento o recuerdo de las reacciones personales frente al mismo), el contenido del recuerdo conversacional — en oposición a una situación experimental— presenta fundamentalmente información evaluativa y afectiva sobre el evento. Resultados similares sobre la primacía de lo afectivo por sobre la información sensorial fueron encontrados en el recuerdo conversacional grupal (Edwards y Middleton, 1986; Tenney, 1989; Pasupathi, Lucas y Coombs, 2002) y en los relatos libres contados a un experimentador (Dudukovic, Marsh y Tversky, 2004). Hyman (1994) sugirió que este tipo de información evaluativa que presenta conexiones entre el individuo y el mundo juega un papel crucial pues: (a) establece el significado que los eventos recordados tienen para la persona que recuerda; (b) es fundamental para el comportamiento y la planificación futuros, ya que no basta con saber simplemente lo que se ha hecho antes, sino que “también hay que saber qué funciona, qué no funciona, qué es bueno y qué es malo” (p. 64); (c) es la que comunica más información sobre sí mismo. En referencia a este último punto, Alea y Bluck (2003) consideran que los recuerdos ricos en información emocional señalan afecto e intimidad en contraste con los recuerdos neutrales, lo que permite al oyente relacionarse con la historia que se cuenta y mejorar la probabilidad de una respuesta empática.

La perspectiva afectiva de los recuerdos personales

Como ya se ha mencionado, aunque existe desacuerdo sobre la naturaleza específica de la emoción, la evaluación de la relación entre el sujeto y el ambiente es

generalmente considerada como la fuerza motriz tanto de los afectos como de las emociones. Afectos y emociones están constituidos por relaciones entre el sujeto y el entorno, pues se refieren a la manera en que el sujeto se siente afectado por el entorno en términos de daños, beneficios, moralidad y/o autoimagen. Por tanto, los afectos y las emociones implican necesariamente un yo afectado por un acontecimiento. Este esquema se complejiza cuando el acontecimiento que afecta al sujeto se refiere a un evento recordado. Los recuerdos personales presentan una dicotomía entre el yo presente que recuerda y el yo pasado que vivenció lo que el yo presente está recordando (Claparède, 1911). Debido a esta dicotomía o doble presencialidad del “yo”, en un recuerdo afectivo o emocional el yo afectado por el evento recordado es en principio ambiguo: puede referirse al yo presente que recuerda, o puede referirse al yo pasado que vivenció lo que se recuerda y que también es recordado. Asimismo, el yo presente puede tomar distintas actitudes frente a su yo pasado: puede identificarse con él, distanciarse, mostrarse indiferente y hasta considerarlo como a un otro, un no-yo. Distintos factores parecen entonces entrar en juego a la hora de determinar la perspectiva afectiva que un recuerdo personal puede presentar:

- El yo afectado por el evento recordado: el yo presente o el yo pasado;
- La manera en que el yo presente o yo pasado es afectado;
- La relación entre el yo presente y el yo pasado.

A partir de estos criterios, se pueden distinguir distintas perspectivas afectivas, que van desde la perspectiva de primera persona propiamente dicha, en donde el yo presente se identifica completamente con el yo pasado, hasta la perspectiva de tercera persona más auténtica, en donde el yo presente considera a su yo pasado como a un otro, un no-yo (Figura 2).

Perspectiva afectiva interna de primera persona

En este caso, es el yo presente quien es afectado por el evento recordado en términos de daños y beneficios, moralidad y/o autoimagen, y la valoración hecha por el yo presente es la misma que la realizada por el yo pasado, por lo que hay una identificación entre el yo presente y el yo pasado, que incluso puede llegar a generar la ilusión de una identificación total en donde el pasado es percibido como presente. En términos narrativos, la perspectiva afectiva interna de primera persona corresponde a la perspectiva del actor, o de lo que Scheff (1981) ha llamado la audiencia poco distante, es decir, la audiencia que se identifica con los personajes hasta el punto de experimentar sus emociones. Siguiendo las ideas de Ribot (1907), esta identificación puede ser débil, pero también puede volverse alucinatoria: el yo pasado es resucitado y revive por un corto tiempo en el yo presente (Paulhan, 1903; Weber, 1914), por lo que la emoción pasada vuelve a ser sentida. Este tipo de identificación alucinatoria es la que caracteriza a los recuerdos traumáticos relacionados con el trastorno de estrés postraumático (TEPT). Los recuerdos traumáticos se caracterizan por una fuerte sensación de reviviscencia que se refleja



Figura 2. La perspectiva afectiva de los recuerdos personales.

en una distorsión del sentido del tiempo: el evento traumático parece estar sucediendo en el presente en lugar de ser percibido como habiendo acontecido en el pasado (Brewin y Holmes, 2003). De hecho, las personas que sufren de TEPT no solo han reportado que sus imágenes retrospectivas parecen reales, sino que a veces también responden como si el evento traumático estuviera sucediendo nuevamente: muestran signos de terror, síntomas autonómicos, como sudoración, e incluso reactualizan algún comportamiento, como por ejemplo agacharse como para evitar un golpe (Holmes y Mathews, 2010). Mientras que algunas teorías del TEPT consideran que la causa de la reviviscencia de los recuerdos traumáticos asociados se debe a su baja distinción cognitivo-emocional, es decir, al poco grado en que las emociones asociadas a un evento se separan de la representación descriptiva del evento (Boals, Rubin y Klein, 2008; Boals y Rubin, 2011), la teoría de la representación dual considera que las imágenes mentales visuales que caracterizan al TEPT pueden ser responsables de la reviviscencia. Las imágenes mentales pueden transmitir erróneamente una sensación de experiencia perceptiva inmediata que hace que el individuo las procese de manera momentánea no solo como reales sino como una amenaza real (Brewin y Holmes, 2003; Holmes y Matthews, 2010).

No obstante, los recuerdos traumáticos asociados con el TEPT no son el único tipo de recuerdos que todavía están emocionalmente “abiertos” para el sujeto y que este “no logra dejar atrás” (Beike et al., 2004). Hay recuerdos no-patológicos que son estresantes para quien recuerda y también se reviven, aunque con menor intensidad que en el caso de recuerdos traumáticos, como por ejemplo, el descubrimiento de que mi pareja me engaña⁷. O para ser más gráfico y centrarse en un episodio específico y único al que se puede asociar una imagen visual concreta, la experiencia de ver a mi pareja entrar en un hotel con su colega de forma sospechosa. En ese momento, puedo sentir una mezcla de rabia, tristeza y humillación. Días después de ese episodio, el recuerdo de mi pareja entrando en el hotel con su colega puede seguir entrometiéndose en mi mente y, aunque ya no exista un estímulo externo real en mi entorno que cause ira y tristeza en mí, debido a la identificación con mi yo pasado que presencié la escena de infidelidad, vuelvo a experimentar la tristeza, la ira y la humillación de la misma manera que en el pasado. Esto no significa que mi emoción presente sea una réplica exacta de la emoción que sentí en el pasado; solo significa que pertenece a la misma familia de la emoción original y que la evaluación realizada sobre la manera en que el evento me afecta no ha cambiado.

Es probable que un recuerdo estresante como el ejemplificado posea una intencionalidad evaluativa, por lo que el aspecto afectivo, de carácter claramente emocional, estaría en el centro focal del recuerdo. Como expliqué en la sección anterior, el contenido emocional puede tomar diferentes formas (Lambie y Marcel, 2012): puede ser no proposicional y, por ejemplo, tomar la forma de consciencia de mi cuerpo como disminuido, rechazado, comprimido (sensaciones corporales interoceptivas); de consciencia de un sentimiento de inmovilización enlazado simultáneamente a una necesidad sentida de actuar y castigar a mi esposo (tendencias a la acción); o de consciencia de la escena de la infidelidad como un evento amenazante y agobiante (posibilidad de acción). Pero también puede ser proposicional, y estar centrado en el yo: “me han engañado” (descripción evaluativa), “no quiero verlo más” (actitud de acción); o centrado en el mundo: “es un bastardo infiel” (descripción evaluativa), “merece todo mi desprecio”, “no merece que le hable” (disposición para la acción). O podría articular explícitamente un pensamiento emocional: “lo odio”, “estoy enojado con él y al mismo tiempo triste por lo que pasó”. El hecho de que muchos de los recuerdos estresantes tengan como objeto intencional la afectividad no quita que existan casos en donde la afectividad no se encuentra en el primer plano sino en el fondo de la experiencia de rememoración. Mi recuerdo podría también presentar una intencionalidad descriptiva: por ejemplo, podría recordar algunos hechos de la escena de infidelidad como el cartel con el nombre del hotel, la ropa que vestían, las personas que pasaban, y el componente emocional podría estar presente en el fondo de mi experiencia en forma de sensaciones corporales interoceptivas, tendencias a la acción y/o posibilidades de acción.

Perspectiva afectiva externa de primera persona

Puede suceder que el evento pasado recordado todavía afecte al yo presente en términos de daños y beneficios, moralidad y/o autoimagen, pero de manera diferente al yo pasado. En este caso, la evaluación del evento pasado realizada por el yo presente es diferente de la realizada por el yo pasado. Por tanto, no hay identificación con el yo pasado sino un sentimiento de distancia (Libby y Eibach, 2002), el cual puede ciertamente aparecer en diferentes grados. Tampoco hay reviviscencia de la emoción pasada, sino simplemente una emoción nueva y diferente. En general una nueva evaluación es el producto de nuevos conocimientos, valoraciones y sentimientos sobre el evento pasado, lo que Goldie (2012), en su análisis de la narración autobiográfica, ha denominado la *triple brecha irónica* entre lo que previamente sabía, evaluaba y sentía y lo que sé, evalúo y siento ahora cuando recuerdo en el presente dicho momento. Volviendo a mi último ejemplo, supongamos que luego de la “escena de infidelidad” descubro que en realidad mi pareja y su colega iban al hotel para una reunión con unos empresarios, y que la actitud “sospechosa” que creí percibir fue solo un producto de mi imaginación, guiada por mis celos y mi sentimiento de inseguridad sobre la fidelidad de mi pareja. Luego de este descubrimiento, ya no recuerdo más a mi pareja entrando a un hotel con su colega como un acto de infidelidad, sino como un simple encuentro de

negocios; y ya no siento rabia y tristeza sino alivio. O imaginemos la siguiente situación: después de sentir rabia y tristeza al descubrir que mi pareja me era infiel, me doy cuenta de que en realidad nuestro matrimonio ya no funcionaba desde hacía mucho tiempo y que ya no había más amor sino simplemente tolerancia por el supuesto bienestar de nuestras hijas. El hecho de verlo entrar a un hotel con otra mujer se transforma ahora en una forma de presenciar con mis propios ojos algo que ya existía y era implícitamente evidente para los dos desde hacía tiempo. En lugar de volver a sentir ira y tristeza, ahora siento frustración y decepción. Recuerdo entonces la escena de mi pareja entrando en el hotel con su colega como el momento de la revelación del fracaso de mi matrimonio. Nótese que, al igual que en el caso de la perspectiva interna, la perspectiva externa de primera persona también puede manifestarse de manera no-proposicional, a través de sensaciones corporales interoceptivas, tendencias a la acción y/o posibilidades de acción.

Estos ejemplos refieren a recuerdos que siguen estando emocionalmente abiertos para el sujeto, puesto que el evento sigue afectando al yo presente, aunque de forma diferente del pasado. El hecho de que la evaluación presente difiera de la original sugiere que el sujeto es un observador y ha adoptado una perspectiva de tercera persona. Sin embargo, esta perspectiva externa al evento original, distinta de la perspectiva “de campo” (*field perspective*), sigue siendo una perspectiva de primera persona, y no de tercera persona como podría ser interpretada. El sujeto no es un observador distante de su pasado porque, aunque diferente del actor pasado, sigue siendo en cierto modo un actor: el sujeto es aún afectado por el evento pasado, pues continúa reinterpretando y resignificando lo sucedido. Esta perspectiva externa de primera persona en general ha sido omitida en la literatura que, siguiendo la dicotomía generalmente asumida en el análisis de la perspectiva de las imágenes mentales visuales (Libby y Eibach, 2002), ha adoptado una equivalencia entre la perspectiva afectiva en primera persona, de campo e interna, por un lado, y la perspectiva afectiva en tercera persona, de observador y externa, por el otro (Goldie, 2003; Sutton, 2010). Quizá Scheff (1981) constituya una excepción, y haya correctamente percibido cómo una perspectiva de primera persona no es necesariamente interna o de campo en su análisis del “distanciamiento estético”:

Al revivir el pasado uno está poco distanciado del mismo y es completamente participante. Al recordar el pasado uno está demasiado distante del mismo y es completamente observador. La distancia estética corresponde a volver al pasado: uno es al mismo tiempo participante y observador (Scheff, 1981, p. 47).

De hecho, también es posible que el sujeto pueda ser al mismo tiempo actor y observador del evento pasado y, por lo tanto, adopte una perspectiva tanto interna como externa y experimente simultáneamente la emoción pasada y la nueva emoción, integrando entonces la perspectiva de campo con la perspectiva externa de primera persona. Volviendo al ejemplo, después de darme cuenta de que nuestro matrimonio estaba acabado desde hacía tiempo, al recordar la escena del hotel puedo sentirme frustrada y decepcionada y simultáneamente experimentar algo de la ira y

la tristeza que sentí en el pasado. La posibilidad de adoptar perspectivas emocionales distintas de manera simultánea da cuenta de la complejidad de los eventos emocionales de la vida real, a los cuales se les atribuye a menudo varios significados y se los valora de distintas maneras, a veces incluso produciendo evaluaciones y emociones mixtas, e incluso opuestas (Fridja, 2013).

Perspectiva afectiva nostálgica

Entre la perspectiva de primera persona y la perspectiva de tercera persona que corresponde al observador indiferente o desapegado se encuentra una perspectiva híbrida, que podría considerarse de tercera persona pero que en última instancia está guiada por un anhelo de re-instanciación del yo pasado y, por ende, de su perspectiva original. Esta perspectiva híbrida se refiere a los casos de recuerdos nostálgicos. La nostalgia se considera en general como un anhelo sentimental por el pasado que no se puede satisfacer debido a su irrecuperabilidad (Ribot, 1907; Sedikides et al., 2008; Howard, 2012). Es el ejemplo por excelencia de evaluaciones y emociones mixtas y opuestas, pues se caracteriza por una expresión simultánea de alegría y tristeza, por una yuxtaposición de elementos positivos y negativos que dan lugar al carácter afectivo agrídulce que muchas veces se le atribuye. En el caso del recuerdo nostálgico, el evento recordado está emocionalmente “cerrado” para el sujeto, por lo que el evento pasado ya no lo afecta más en términos de daños, beneficios, moralidad y/o autoimagen. El sujeto entonces no evalúa el pasado ni desde una perspectiva interna ni desde una perspectiva externa de primera persona, sino que sabiéndose distinto del yo pasado desea no obstante instanciarlo nuevamente y revivir lo que este vivió (o lo que cree ahora que este vivió o imagina: De Brigard, 2018). Es debido a este deseo de reencarnación del yo pasado, de este deseo de re-instanciación de un pasado que muy a menudo es idealizado y no necesita necesariamente haber sido experimentado como positivo y gozoso, que la perspectiva adoptada en el recuerdo nostálgico no puede considerarse como una auténtica perspectiva de tercera persona, la cual es característica de un observador más bien indiferente o desapegado.

Perspectiva afectiva de tercera persona

La perspectiva de tercera persona ha sido elaborada no solo desde la teoría narrativa sino también desde el psicoanálisis (véase, por ejemplo, Habermas, 2006; Gratadoux, 2009). En este marco de análisis de la memoria personal, y en la acepción más propia del término, se refiere al recuerdo de un evento pasado ya emocionalmente cerrado para el sujeto pero, a diferencia de la perspectiva nostálgica, sin el deseo de re-instanciación. Es en este caso que el yo presente adopta la verdadera perspectiva de un observador: es solo un espectador neutral de su propia experiencia pasada, de la manera en que su yo pasado fue afectado por el evento pasado, pero ya no es más un actor, pues no evalúa más el evento pasado; simplemente lo recuerda.

Según Beike et al. (2004), los recuerdos altamente emocionales son raros, y los recuerdos emocionalmente cerrados son la regla más que la excepción. Mientras que

en algunos casos la ausencia de emoción de un recuerdo puede ser el resultado de una perspectiva de sobre-distanciamiento de carácter patológico, en la mayoría de los casos el sujeto ya ha llegado a una valoración y respuesta emocional sobre el evento pasado que es considerada como oportuna o apropiada, lo que significa que ha llegado a una *distancia óptima*. En estos casos, la emoción se ha desvanecido y el evento pasado se encuentra cerrado emocionalmente. Volviendo a mi ejemplo original, luego de comprender que en realidad nuestro matrimonio no estaba funcionando desde mucho antes de la escena de infidelidad, el recuerdo mismo de dicha escena probablemente se convertirá en un recuerdo emocionalmente cerrado⁸. El tiempo puede pasar, puedo reconstruir mi vida e incluso tener nuevas relaciones; por lo que dicho evento será recordado como el momento de revelación de mi matrimonio fallido, sin necesariamente hacerme sentir frustrada y decepcionada.

Sin embargo, el hecho de que no sienta una emoción presente no significa que los recuerdos de tercera persona emocionalmente cerrados carezcan de todo aspecto afectivo: la evaluación pasada está en general tan entrelazada con los hechos sobre un evento significativo para la identidad personal que probablemente constituya el objeto intencional del recuerdo del evento. Esto tampoco significa que dicho contenido afectivo solo pueda ser proposicional: tendencias a la acción, posibilidades de acción pero también sensaciones corporales interoceptivas pueden ser parte del contenido del recuerdo sin que su presencia implique que el sujeto esté atravesando una experiencia emocional. Dicha presencia puede ser simplemente signo del afecto central (Russell y Barrett, 1999) o afectividad primordial (Colombetti, 2013) que impregna todos nuestros acontecimientos mentales, o puede interpretarse como una coloración emocional (LeDoux, 1998; Reinhold y Markowitsch, 2009) o una condición residual (Wollheim, 1984) dejada por la alta intensidad emocional del evento pasado y los subsecuentes procesos de pensamiento y rumiación en torno a dicho evento.

No obstante, como implica el mismo término de condición residual acuñado por Wollheim (1984), existe una tendencia en algunos recuerdos personales, incluso estando emocionalmente cerrados, a hacer que el sujeto vuelva a sentir las emociones recordadas. Se trata solo de una tendencia, cuya mejor metáfora probablemente es la de la cola de un cometa, y no de una emoción presente; pero esta tendencia ciertamente puede actualizarse y dar lugar a una emoción presente. En mi ejemplo original, esto sucedería si al pasar el tiempo y recordar la escena de infidelidad de repente me siento frustrada; o si de repente siento rabia y odio hacia mi ex-pareja. Recuerdos afectivos de este estilo podrían explicarse de dos maneras distintas: (i) o bien se trata de un caso de contagio emocional (Hatfield, Cacioppo y Rapson, 1993; Hatfield, Rapson y Le, 2009), en donde el yo pasado y el yo presente se identifican momentáneamente; o (ii) debido a situaciones particulares y al estado de ánimo del yo actual (por ejemplo, una pelea con la pareja actual, o un nuevo matrimonio fallido, o un encuentro muy agradable con el ex), el evento pasado se transforma nuevamente en un evento emocionalmente abierto para el sujeto, originando un recuerdo con una perspectiva emocional de primera persona. Este último caso da cuenta de las transiciones y dinamismos entre diferentes perspectivas afectivas y entre la

identificación y la distancia con el yo pasado que caracterizan probablemente varios de los recuerdos personales significativos para el sujeto. Al mismo tiempo, sugiere que el cierre emocional de los recuerdos no es una propiedad definitiva de los mismos, sino que es cambiante y dependiente de las particularidades del contexto en el que el sujeto se encuentra cuando recuerda.

Perspectiva afectiva desapegada de tercera persona

A veces, al recordar un hecho personal pasado que se considera emocionalmente cerrado, puede surgir un nuevo aspecto afectivo, incluso una nueva emoción presente. Esto puede suceder cuando el objeto intencional del recuerdo se centra en el yo pasado y no en el evento pasado, es decir, cuando el recuerdo está dirigido hacia uno mismo y no hacia el mundo. Volviendo a mi ejemplo, mientras recuerdo la escena de infidelidad, puedo sentir lástima por mi yo pasado, el cual perdió la inocencia sobre las relaciones amorosas y descubrió bruscamente que el príncipe azul no existe y que el amor no debe ser idealizado de esta manera. O puedo reírme irónicamente de mi yo pasado al apreciar su inocencia y su ingenua creencia en el príncipe azul. Este aspecto afectivo de mi memoria, es decir, la lástima o la risa irónica, es claramente una emoción presente. En ambos casos, la nueva emoción presente no tiene como objeto intencional al evento pasado sino al yo pasado, el cual es considerado como si fuera otra persona.

Mientras que Debus (2007) sostiene que las emociones empáticas dirigidas hacia el yo pasado corresponden a una perspectiva de primera persona, el ejemplo anterior de la emoción de lástima muestra que en realidad las emociones empáticas hacia el yo pasado corresponden a una perspectiva externa y de tercera persona. Aunque algunos autores han sostenido que el contagio emocional es uno de los procesos que forman parte de la reacción empática (Hatfield, Rapson y Le, 2009)⁹, existe una diferencia fundamental entre ambos fenómenos. En el contagio emocional, la separación entre el yo y el otro no es necesaria, pues no es necesario el conocimiento sobre el origen de la experiencia afectiva (personal o desencadenada por un tercero). Por ejemplo, mucho antes de que los bebés desarrollen un sentido de sí mismo que los separa de otras personas, lloran cuando escuchan a otros bebés llorar (Singer y Tusche, 2014). La empatía, por un lado, siempre presupone un distanciamiento entre el yo empático y el yo empatizado; y, por el otro, no es viable cuando el yo empático es afectado personalmente por el evento que afecta al yo empatizado (Lamm, Bukowski y Silani, 2016). No es posible formar la intención de responder a la aflicción del otro con compasión si yo mismo me encuentro tan afligido como el otro. Cuando el yo empático y el yo empatizado se identifican de manera tal que ambos experimentan la misma emoción, el yo empático ya no “empatiza” más con el otro en sentido propio, sino que se ha producido un contagio emocional. En este sentido, las emociones empáticas dirigidas hacia el yo pasado no corresponden a una perspectiva de primera persona sino de tercera persona, pues no son diferentes de las emociones empáticas dirigidas hacia otras personas, sean reales o ficticias.

Es también posible concebir que, desde la perspectiva de la tercera persona, ciertas emociones pueden estar dirigidas hacia el evento pasado y no hacia el yo pasado, sin necesariamente implicar que el evento pasado todavía esté emocionalmente abierto para el sujeto que recuerda. Un ejemplo de este tipo son los recuerdos personales sobre sucesos desagradables que son en el presente irrelevantes para la identidad personal y que, al ser recuperados, producen en nosotros diversión. Al recordar hoy en día el episodio en el que uno de mis zapatos se cayó a las vías del metro de París, por lo que tuve que caminar en sentido contrario a la multitud con un pie descalzo hasta la taquilla, probablemente me reiré y evaluaré el evento como un episodio divertido, aunque en el momento pasado no haya sido para nada divertido. Lo que estoy evaluando ahora es la escena en su conjunto desde la perspectiva de un observador distante, no distinta de la manera en que evaluaría un personaje de ficción o una historia de ficción. Porque nos vemos a nosotros mismos como a otra persona, de manera desapegada, y consideramos lo que nos pasó de la misma forma que si le hubiese pasado a un otro distante, al punto tal que podemos sentir emociones de simpatía o de diversión, es en estos casos que la perspectiva de tercera persona adquiere su sentido real y más profundo.

Marco general de análisis de los recuerdos personales como recuerdos afectivos

Aunque en la literatura en neurociencias, en psicología y en filosofía, existen muchos conceptos e ideas que podrían posibilitar la creación de un marco teórico novedoso para analizar la intrínseca interacción entre la memoria, la afectividad y las emociones, dichos conceptos e ideas se encuentran en gran medida teóricamente aislados unos de otros. Este trabajo estuvo guiado por el objetivo de aunar y sistematizar dichos conceptos e ideas con el fin de esbozar un marco general de análisis de nuestros recuerdos personales concebidos como recuerdos esencialmente afectivos. En este primer esbozo de un marco general, dos dimensiones de análisis fueron propuestas. Por un lado, la intencionalidad del recuerdo, es decir, el objeto hacia el cual el recuerdo está dirigido: el recuerdo puede centrarse en las propiedades descriptivas del evento recordado (intencionalidad descriptiva), o en las propiedades evaluativas del mismo (intencionalidad evaluativa). El hecho de que un recuerdo presente una intencionalidad evaluativa no significa que esté desprovisto de toda afectividad: esta puede encontrarse en la periferia del recuerdo, de forma pre-atentiva y pre-reflexiva. Por otro lado, la perspectiva afectiva del recuerdo constituye una segunda dimensión de análisis, la cual puede fluctuar desde la perspectiva de primera persona en donde el yo presente se identifica con el yo pasado, hasta la perspectiva de tercera persona más auténtica, en donde el yo presente considera a su yo pasado como a un otro, un no-yo. La intencionalidad del recuerdo y la perspectiva afectiva constituyen entonces dos variables continuas independientes que pueden manifestarse en distintas combinaciones en diferentes recuerdos personales (Figura 3), como han dado cuenta varios de los ejemplos previamente presentados en la sección anterior.

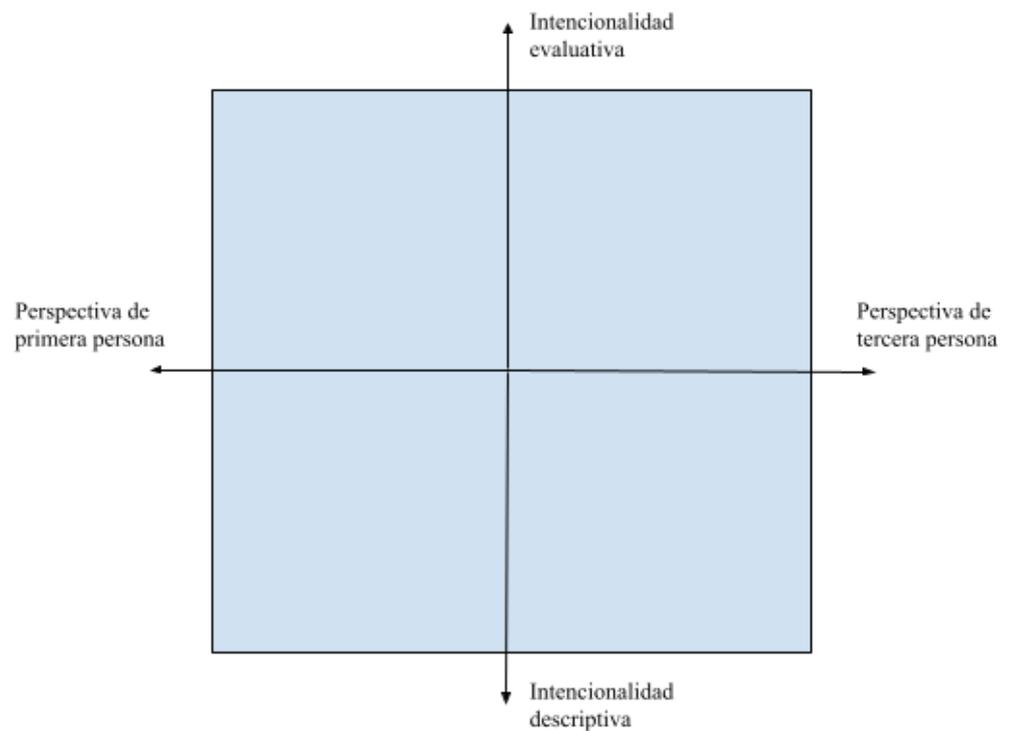


Figura 3. Las variables continuas independientes para el análisis de los recuerdos personales como recuerdos afectivos: (a) perspectiva afectiva y (b) intencionalidad.

Dicho marco, que pretende ser de utilidad tanto para la investigación en psicología empírica como para la práctica clínica, no pretende ser exhaustivo, sino que se presenta como un primer esbozo que invita a ser reelaborado y mejorado. Con respecto a la intencionalidad de los recuerdos, una de las limitaciones de este trabajo es la tendencia a dividir el contenido de la memoria en información descriptiva y significado evaluativo/afectivo, sin analizar la posibilidad de que la información se presente a través de conceptos espesos, es decir, a través de conceptos evaluativos que son simultáneamente descriptivos, tales como “cobarde”, “mentira”, “brutal”, etc., (Williams, 1985; Kirchin 2013). Aunque dicho tipo de información podría ubicarse a medio camino entre las propiedades descriptivas y las propiedades evaluativas de un evento pasado, un mayor análisis es necesario para determinar: (a) si los conceptos espesos aplicados a eventos recordados pueden reducirse a conceptos descriptivos + una evaluación, o si la fusión entre descripción y evaluación es tal que se vuelve imposible separarlas; lo que está íntimamente ligado con (b) el rol que juegan en la (re)evaluación del pasado los nuevos conceptos espesos (o sus reconceptualizaciones) que han sido habilitados socialmente (Hacking, 1995), como sucede con los conceptos de abuso infantil y abuso/acoso sexual, cuyo significado social ha ido cambiando a lo largo del tiempo.

Este último punto está ligado también a las limitaciones del análisis de las perspectivas afectivas presentado con anterioridad. No se ha tratado en detalle ni la superposición

de perspectivas ni la influencia de la perspectiva afectiva actual sobre el evento pasado (de primera o tercera persona) en el recuerdo de la perspectiva afectiva original (Levine et al., 2001; Patihis, Cruz y Herrera, 2019), o incluso la confusión entre ambos, lo cual puede ser de interés en contextos judiciales. Por último, otro aspecto totalmente omitido es la perspectiva de segunda persona (Pérez y Gomila, *en prensa*), es decir, la perspectiva afectiva de otro partícipe del evento recordado. La perspectiva afectiva de un evento pasado puede ser construida en algunos casos de manera dialógica, a través de la interacción real entre los involucrados en el evento recordado (Harris et al., 2011), como por ejemplo cuando una pareja recuerda un pasado común (Trakas, 2019). Pero también la perspectiva de segunda persona puede ser internalizada por el sujeto, el cual, en el proceso de (re)evaluación del evento recordado, puede alternar entre su propia perspectiva y la perspectiva imaginada o recordada del otro involucrado en el evento. Un mayor trabajo conceptual es necesario en estas dos direcciones, para poder de esta manera mejorar y profundizar el marco conceptual presentado en este artículo y entrever al mismo tiempo estudios empíricos novedosos y posibles usos en la práctica clínica¹⁰.

Notas

¹Debido al debate sobre la naturaleza del recuerdo episódico y el recuerdo autobiográfico, los dos términos utilizados en la literatura contemporánea para referirse a recuerdos de experiencias y vivencias directas en contraposición a los recuerdos de información impersonal sobre el mundo (recuerdo semántico), utilizo aquí el término “recuerdo personal” que tiene menos historia conceptual y que, por tanto, está menos conceptualmente recargado. El término “recuerdo personal” alude indistintamente a recuerdos episódicos y recuerdos autobiográficos. En adelante, los términos “recuerdo” y “memoria” hacen referencia a los recuerdos y a la memoria personales.

²Aunque la terminología utilizada para definir distintos fenómenos afectivos es variada y en general un poco confusa (Ketal, 1975), es común considerar a las emociones como reacciones psicofisiológicas de corta duración que tienen como causa una situación u objeto preciso y que influyen principalmente la acción, mientras que los estados de ánimo o humores son de más larga duración, no están necesariamente vinculados a eventos particulares, y tienden a sesgar la cognición en vez de la acción (Fox, 2018).

³Para un desarrollo más detallado de estos presupuestos característicos del “pensamiento de sentido común”, y para un recorrido histórico sobre dicho pensamiento, ver Trakas (2021).

⁴De aquí en adelante se utilizará el término “evaluación” como traducción del término en inglés *appraisal*.

⁵De aquí en adelante se utilizará el término “posibilidades de acción” como traducción del término en inglés *affordances*.

⁶Para un análisis más detallado de la manera en que la saliencia del mundo en una experiencia no implica la ausencia de toda experiencia del yo y viceversa, véase Colombetti y Ratcliffe (2012).

⁷El ejemplo que menciono a continuación, y que será utilizado a lo largo de esta sección, es bastante trivial, simplificado y un tanto anticuado. La elección se basa no obstante en la simplicidad del mismo, lo cual permite centrar la explicación en la naturaleza de las distintas perspectivas afectivas.

⁸No quiero implicar con esto que seamos capaces de lograr un cierre emocional en tan solo un breve intervalo de tiempo. El cierre emocional de eventos significativos de nuestra vida se asemeja a un proceso que se desarrolla a través del tiempo y no a algún tipo de acto mental que ocurre en algunas horas o días.

⁹Hatfield, Rapson y Le (2009) consideran que, mientras que el contagio emocional se refiere a la tendencia a converger emocionalmente con otra persona (especialmente, en su forma primitiva, a través de la imitación y de la sincronización de las expresiones faciales, vocalizaciones, posturas y movimientos del otro), la empatía es un proceso más complejo que no solo requiere de cierto grado de contagio emocional, sino también de la capacidad cognitiva de intuir lo que el otro siente y de la intención de responder a la aflicción del otro con compasión.

¹⁰El marco conceptual presentado aquí corresponde al propuesto en mi tesis doctoral (Trakas, 2015); solo ciertas ligeras modificaciones han sido introducidas para el presente artículo. Desde la publicación de dicha tesis, han surgido nuevas investigaciones tanto empíricas como teóricas sobre la perspectiva emocional, como el libro *Emotion and narrative: Perspectives in autobiographical storytelling* (2019) escrito por Tilmann Habermas, el cual no ha sido considerado para este trabajo.

Agradecimientos

Esta investigación fue en gran parte financiada por la beca Cotutelle International Macquarie University Research Excellence Scholarship (iMQRES) - N° 2011090. Agradezco a John Sutton y a un/a evaluador/a anónima/o por sus correcciones y sugerencias.

Referencias

- Alea, N. y Bluck, S. (2003). Why are you telling me that? A conceptual model of the social function of autobiographical memory. *Memory*, 11(2), 165-178. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/741938207](https://doi.org/10.1080/741938207)
- Alexander, K. W. y O'Hara K. D. (2009). An integrated model of emotional memory: Dynamic transactions in development. En J. A. Quas, y R. Fivush (Eds.), *Series in affective science. Emotion and memory in development: Biological, cognitive, and social considerations* (pp. 221-255). Oxford University Press.
- Allen P. A., Kaut K. P. y Lord R. R. (2008). Emotion and episodic memory. En E. Dere, A. Easton, L. Nadel y J. P. Huston (Eds.), *Handbook of behavioral neuroscience*, vol. 18 (pp. 115-132). Elsevier. [HTTP://DX.DOI.ORG/10.1016/S1569-7339\(08\)00208-7](http://dx.doi.org/10.1016/S1569-7339(08)00208-7)
- Aristóteles (350BC/1955). On memory and reminiscence. En su *Parva naturalia* (D. Ross, trad.). Clarendon Press.
- Arnold, M. B. (1960). *Emotion and personality*. Columbia University Press.
- Arnold, M. B. (1973). Historical development of the concept of emotion. *Philosophical Studies*, 22, 147-157. [HTTPS://DOI.ORG/10.5840/PHILSTUDIES19732224](https://doi.org/10.5840/PHILSTUDIES19732224)
- Barrett, L., Mesquita, B., Ochsner, K. y Gross, J. (2007). The experience of emotion. *Annual Review of Psychology*, 58, 373-403. [HTTPS://DOI.ORG/10.1146/ANNUREV.PSYCH.58.110405.085709](https://doi.org/10.1146/ANNUREV.PSYCH.58.110405.085709)
- Barrett, L. (2017). Limbic system concept. En su *How emotions are made: The secret life of the brain*. Pan Macmillan. [HTTPS://HOW-EMOTIONS-ARE-MADE.COM/NOTES/LIMBIC_SYSTEM_CONCEPT](https://how-emotions-are-made.com/notes/limbic-system-concept)
- Beike, D. Kleinknecht, E. y Wirth-Beaumont, E. (2004). How emotional and nonemotional memories define the self. In D. Beike, J. Lampinen y D. Behrend (Eds), *The self and memory* (pp. 141-159). Psychology Press.
- Berntsen, D., y Rubin, D. C. (2002). Emotionally charged autobiographical memories across the life span: The recall of happy, sad, traumatic and involuntary memories. *Psychology and Aging*, 17(4), 637-652. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0882-7974.17.4.636](https://doi.org/10.1037/0882-7974.17.4.636)
- Boals, A., Rubin, D. C. y Klein, K. (2008). Memory and coping with stress: The relationship between cognitive-emotional distinctiveness, memory valence and distress. *Memory*, 16(6), 637-657. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/09658210802083098](https://doi.org/10.1080/09658210802083098)
- Boals, A. y Rubin, D. C. (2011). The integration of emotions in memories: Cognitive-emotional distinctiveness and Posttraumatic Stress Disorder. *Applied Cognitive Psychology*, 25, 811-816. [HTTPS://DOI.ORG/10.1002/ACP.1752](https://doi.org/10.1002/ACP.1752)
- Brewer, W. (1995). What is recollective memory? In D. Rubin (Ed.), *Remembering our past. Studies in autobiographical memory* (pp. 19-66). Cambridge University Press.
- Brewin, C. y Holmes, E. (2003). Psychological theories of posttraumatic stress disorder. *Clinical Psychology Review*, 23, 339-376. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/S0272-7358\(03\)00033-3](https://doi.org/10.1016/S0272-7358(03)00033-3)
- Christianson, S. (Ed.) (1992). *The handbook of emotion and memory: Research and theory*. Erlbaum.
- Claparède, E. (1911). La mémoire affective. *Archives de Psychologie*, 10, 361-377.
- Colombetti, G. (2011). Varieties of pre-reflective self-awareness: foreground and background bodily feelings in emotion experience. *Inquiry: An Interdisciplinary Journal of Philosophy*, 54(3), 293-313. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/0020174X.2011.575003](https://doi.org/10.1080/0020174X.2011.575003)
- Colombetti, G. (2013). *The feeling body: Affective science meets the enactive mind*. MIT Press.
- Colombetti, G. y Ratcliffe, M. (2012). Bodily feeling in depersonalization: A phenomenological account. *Emotion Review*, 4(2), 145-150. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073911430131](https://doi.org/10.1177/1754073911430131)
- Conway, M. A. (2005). Memory and the self. *Journal of Memory and Language*, 53, 594-628. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.JML.2005.08.005](https://doi.org/10.1016/j.jml.2005.08.005)
- Conway, M. A. (2009). Episodic memories. *Neuropsychologia*, 47, 2305-2313. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.NEUROPSYCHOLOGIA.2009.02.003](https://doi.org/10.1016/j.neuropsychologia.2009.02.003)
- D'Argembeau, A. y Van der Linden, M. (2006). Individual differences in the phenomenology of mental time travel: The effect of vivid visual imagery and emotion regulation strategies. *Consciousness and Cognition*, 15, 342-350. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.CONCOG.2005.09.001](https://doi.org/10.1016/j.concog.2005.09.001)
- Damasio, A. R. (1994). *Descartes' error. Emotion, reason, and the human brain*. Avon Books.
- De Brigard, F. (2018). Nostalgia and mental simulation. En Gotlib, A. (Ed.) *The moral psychology of sadness* (pp. 155-181). Rowman & Littlefield.

- Debus, D. (2007). Being emotional about the past: On the nature and role of past-directed emotions. *Noûs*, 41, 758-779. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/1.1468-0068.2007.00669.X](https://doi.org/10.1111/1.1468-0068.2007.00669.X)
- Dolan, R. J., Lane, R., Chua, P. y Fletcher, P. (2000). Dissociable temporal lobe activations during emotional episodic memory retrieval. *Neuroimage*, 11(3), 203-209. [HTTPS://DOI.ORG/10.1006/NIMG.2000.0538](https://doi.org/10.1006/nimg.2000.0538)
- Dolcos F, LaBar K. S. y Cabeza R. (2004). Interaction between the amygdala and the medial temporal lobe memory system predicts better memory for emotional events. *Neuron*, 42(5), 855-863. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/S0896-6273\(04\)00289-2](https://doi.org/10.1016/S0896-6273(04)00289-2)
- Dudukovic, N., Marsh E. y Tversky B. (2004) Telling a story or telling it straight. The effects of entertaining versus accurate retellings on memory. *Applied Cognitive Psychology*, 18, 125-143. [HTTPS://DOI.ORG/10.1002/ACP.953](https://doi.org/10.1002/ACP.953)
- Edwards D. y Middleton D. (1986). Joint remembering. Construing an account of shared experience through conversational discourse. *Discourse Processes*, 9, 423-459. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/01638538609544651](https://doi.org/10.1080/01638538609544651)
- Fridja, N. (2013). Comment: The why, when and how of appraisal. *Emotion Review*, 5(2), 169-170. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073912468905](https://doi.org/10.1177/1754073912468905)
- Fox, E. (2018). Perspectives from affective science on understanding the nature of emotion. *Brain and Neuroscience Advances*, 2, 2398212818812628. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/2398212818812628](https://doi.org/10.1177/2398212818812628)
- Goldie, P. (2000). *The emotions*. Clarendon Press.
- Goldie, P. (2003). One's remembered past: Narrative thinking, emotion, and the external perspective. *Philosophical Papers*, 32(3), 301-319. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/05568640309485129](https://doi.org/10.1080/05568640309485129)
- Goldie, P. (2012). *The mess inside: Narrative, emotion and the mind*. Oxford University Press.
- Gratadoux, E. (2009). El tercero y la terceridad en psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108, 108-135.
- Greenberg, D. y Knowlton, B. (2014). The role of visual imagery in autobiographical memory. *Memory & Cognition*, 42, 922-934. [HTTPS://DOI.ORG/10.3758/S13421-014-0402-5](https://doi.org/10.3758/s13421-014-0402-5)
- Griffiths, P. (2013). Current emotion research in philosophy. *Emotion Review*, 5, 215-222. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073912468299](https://doi.org/10.1177/1754073912468299)
- Habermas, T. (2006). Who speaks? Who looks? Who feels? Point of view in autobiographical narratives. *The International Journal of Psychoanalysis*, 87(2), 497-518. [HTTPS://DOI.ORG/10.1516/AXWM-QRNF-H69K-9K3C](https://doi.org/10.1516/AXWM-QRNF-H69K-9K3C)
- Habermas, T. y Berger, N. (2011). Retelling everyday emotional events: Condensation, distancing, and closure. *Cognition and Emotion*, 25(2), 206-219. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699931003783568](https://doi.org/10.1080/02699931003783568)
- Hacking, I. (1995) *Rewriting the soul. Multiple personality and the sciences of memory*. Princeton University Press.
- Hamann, S. (2012). Mapping discrete and dimensional emotions onto the brain: Controversies and consensus. *Trends in Cognitive Sciences*, 16(9), 458-466. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/I.TICS.2012.07.006](https://doi.org/10.1016/I.TICS.2012.07.006)
- Harris, C. B., Keil, P. G., Sutton, J., Barnier, A. J. y McIlwain, D. J. (2011). We remember, we forget: Collaborative remembering in older couples. *Discourse Processes*, 48(4), 267-303. [HTTP://DOI.ORG/10.1080/0163853X.2010.541854](http://doi.org/10.1080/0163853X.2010.541854)
- Hatfield, E., Cacioppo, J. y Rapson, R. L. (1993). Emotional contagion. *Current Directions in Psychological Science*, 2(3), 96-99. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/1467-8721.EP10770953](https://doi.org/10.1111/1467-8721.EP10770953)
- Hatfield, E., Rapson, R. L. y Le, Y. L. (2009). Primitive emotional contagion: Recent research. En J. Decety y W. Ickes (Eds.), *The social neuroscience of empathy* (pp. 19-30). MIT Press.
- Holland, A. y Kensinger, E. A. (2010). Emotion and autobiographical memory. *Physics of Life Reviews*, 7, 88-131. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.PLREV.2010.01.006](https://doi.org/10.1016/J.PLREV.2010.01.006)
- Holmes, E. y Mathews, A. (2010). Mental imagery in emotion and emotional disorders. *Clinical Psychology Review*, 30, 349-362. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.CPR.2010.01.001](https://doi.org/10.1016/J.CPR.2010.01.001)
- Howard, S. (2012). Nostalgia. *Analysis*, 72(4), 641-650. [HTTPS://DOI.ORG/10.1093/ANALYS/ANS105](https://doi.org/10.1093/ANALYS/ANS105)
- Hyman, I. E. (1994). Conversational remembering. Story recall with a peer versus for an experimenter. *Applied Cognitive Psychology*, 8, 49-66. [HTTPS://DOI.ORG/10.1002/ACP.2350080106](https://doi.org/10.1002/ACP.2350080106)
- James, W. (1884). What is an emotion? *Mind*, 9(34), 188-205. [HTTPS://WWW.JSTOR.ORG/STABLE/2246769](https://www.jstor.org/stable/2246769)
- Kensinger, E. A. (2007). Age differences in memory for arousing and nonarousing emotional words. *Journal of Gerontology: Series B*, 63(1), P13-P18. [HTTPS://DOI.ORG/10.1093/GERONB/63.1.P13](https://doi.org/10.1093/GERONB/63.1.P13)
- Kensinger, E. A. (2009). Remembering the details: Effects of emotion. *Emotion Review*, 1(2), 99-113. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073908100432](https://doi.org/10.1177/1754073908100432)
- Kensinger, E. A. y Schacter, D. L. (2006). Processing emotional pictures and words: Effects of valence and arousal. *Cognitive, Affective, & Behavioral Neuroscience*, 6(2), 110-126. [HTTPS://DOI.ORG/10.3758/CABN.6.2.110](https://doi.org/10.3758/CABN.6.2.110)

- Ketal, R. (1975). Affect, mood, emotion, and feeling: Semantic considerations. *The American Journal of Psychiatry*, 132(11), 1215-1217. [HTTPS://DOI.ORG/10.1176/AJP.132.11.1215](https://doi.org/10.1176/AJP.132.11.1215)
- Kirchin, S. (Ed.) (2013). *Thick concepts*. Oxford University Press.
- Koole, S. (2009). The psychology of emotion regulation: An integrative review. *Cognition & Emotion*, 23, 4-41. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699930802619031](https://doi.org/10.1080/02699930802619031)
- Lambie, J. y Marcel A. (2002). Consciousness and the varieties of emotion experience: A theoretical framework. *Psychological Review*, 109(2), 219-259. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0033-295X.109.2.219](https://doi.org/10.1037/0033-295X.109.2.219)
- Lamm, C., Bukowski, H. y Silani, G. (2016). From shared to distinct self-other representations in empathy: Evidence from neurotypical function and socio-cognitive disorders. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 371, 20150083. [HTTPS://DOI.ORG/10.1098/RSTB.2015.0083](https://doi.org/10.1098/RSTB.2015.0083)
- Lang, P. J., Greenwald, M. K., Bradley, M. M. y Hamm, A. O. (1993). Looking at pictures: Affective, facial, visceral, and behavioral reactions. *Psychophysiology*, 30(3), 261-273. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/1.1469-8986.1993.TB03352.X](https://doi.org/10.1111/1.1469-8986.1993.TB03352.X)
- Lazarus, R. (1991). Progress on a cognitive-motivational-relational theory of emotion. *American Psychologist*, 46(8), 819-834. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037//0003-066X.46.8.819](https://doi.org/10.1037//0003-066X.46.8.819)
- Lazarus, R. (2001). Relational meaning and discrete emotions. In K.R. Scherer, A. Schorr y T. Johnstone (Eds.), *Appraisal processes in emotion: Theory, methods, research* (pp. 37-67). Oxford University Press.
- Lazarus, R. y Smith, C. (1988). Knowledge and appraisal in the cognition-emotion relationship. *Cognition & Emotion*, 2(4), 281-300. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699938808412701](https://doi.org/10.1080/02699938808412701)
- LeDoux, J. E. (1993). Emotional memory systems in the brain. *Behavioural Brain Research*, 58(1-2), 69-79. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/0166-4328\(93\)90091-4](https://doi.org/10.1016/0166-4328(93)90091-4)
- LeDoux, J. E. (1996). *The emotional brain*. Phoenix.
- Levine, L. J. y Bluck, S. (2004). How emotions fade: Valence, appraisals, and the emotional impact of remembered events. En S. P. Shohov (Ed.), *Advances in psychology research*, vol. 30 (pp. 3-20). Nova Science Publishers.
- Levine, L. J. y Edelstein, R. S. (2009). Emotion and memory narrowing: A review and goal relevance approach. *Cognition & Emotion*, 23, 833-875. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699930902738863](https://doi.org/10.1080/02699930902738863)
- Levine, L. J., Prohaska, V., Burgess, S. L., Rice, J. A. y Laulhere, T. M. (2001). Remembering past emotions: The role of current appraisals. *Cognition & Emotion*, 15(4), 393-417. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699930125955](https://doi.org/10.1080/02699930125955)
- Libby, L. y Eibach, R. (2002). Looking back in time. Self-concept change affects visual perspective in autobiographical memory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 82(2), 167-179. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0022-3514.82.2.167](https://doi.org/10.1037/0022-3514.82.2.167)
- Lindquist, K., Wager, T., Kober, H., Moreau, E. y Barret, L. (2012). The brain basis of emotion: A meta-analytic review. *Behavioral and Brain Sciences*, 35, 121-202. [HTTPS://DOI.ORG/10.1017/S0140525X11000446](https://doi.org/10.1017/S0140525X11000446)
- Locke, J. (1690/1994). *Ensayo sobre el entendimiento humano* (F. Romero, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Marshall, D. y Weatherson, B. (2018). Intrinsic vs. extrinsic properties. En E. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Edición verano 2018). [HTTPS://PLATO.STANFORD.EDU/ARCHIVES/SPR2018/ENTRIES/INTRINSIC-EXTRINSIC/](https://plato.stanford.edu/archives/spr2018/entries/intrinsic-extrinsic/)
- Martin, M. G. F. (1992). Perceptions, concepts and memory. *The Philosophical Review*, 101(4), 745-763. [HTTPS://DOI.ORG/10.2307/2185923](https://doi.org/10.2307/2185923)
- Mickley, K. R. y Kensinger, E. A. (2009). Phenomenological characteristics of emotional memories in younger and older adults. *Memory*, 17, 528-543. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/09658210902939363](https://doi.org/10.1080/09658210902939363)
- Miranda, R. y Kihlstrom, J. (2005). Mood congruence in childhood and recent autobiographical memory. *Cognition & Emotion*, 19(7), 981-998. [HTTPS://DOI.ORG/10.1080/02699930500202967](https://doi.org/10.1080/02699930500202967)
- Moors, A., Scherer, K., Ellsworth, P. y Frijda, N. (2013). Appraisal theories of emotion: State of the art and future development. *Emotion Review*, 5(2), 119-124. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073912468165](https://doi.org/10.1177/1754073912468165)
- Mulligan, K. y Scherer, K. (2013). Towards a working definition of emotion. *Emotion Review*, 4(4), 345-357. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/1754073912445818](https://doi.org/10.1177/1754073912445818)
- Pasupathi, M., Lucas, S. y Coombs, A. (2002). Conversational functions of autobiographical remembering: Long-married couples talk about conflicts and pleasant topics. *Discourse Processes*, 34(2), 163-192. [HTTPS://DOI.ORG/10.1207/S15326950DP3402_3](https://doi.org/10.1207/S15326950DP3402_3)
- Patihis, L., Cruz, C. S. y Herrera, M. E. (2019). Changing current appraisals of mothers leads to changes in childhood memories of love toward mothers. *Clinical Psychological Science*, 7(5), 1125-1143. [HTTPS://DOI.ORG/10.1177/2167702619842468](https://doi.org/10.1177/2167702619842468)

- Paulhan, F. (1903). Sur la mémoire affective (suite et fin). *Revue Philosophique de la France et l'Étranger*, 55, 42-70.
- Pérez, D. I. y Gomila, A. (en prensa). *Social cognition and the second person in human interaction*. Routledge.
- Pessoa, L. (2008). On the relationship between emotion and cognition. *Nature*, 9, 148-158. [HTTPS://DOI.ORG/10.1038/NRN2317](https://doi.org/10.1038/NRN2317)
- Phelps, E. A. (2004). Human emotion and memory: interactions of the amygdala and hippocampal complex. *Current Opinion in Neurobiology*, 14(2), 198-202. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.CONB.2004.03.015](https://doi.org/10.1016/j.conb.2004.03.015)
- Phelps, E.A. y Sharot, T. (2008). How (and why) emotion enhances the subjective sense of recollection. *Current Directions in Psychological Science*, 17(2), 147-152. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/J.1467-8721.2008.00565.X](https://doi.org/10.1111/j.1467-8721.2008.00565.x)
- Philippot, P. y Schaefer, A. (2001). Emotion and memory. En T. J. Mayne y G. A. Bonanno (Eds.), *Emotions: Current issues and future directions* (pp. 82-122). The Guilford Press.
- Prinz, J. (2004). *Gut reactions*. Oxford University Press.
- Reinhold, N. y Markowitsch, H. (2009). Retrograde episodic memory and emotion: A perspective from patients with dissociative amnesia. *Neuropsychologia*, 47, 2197-2206. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.NEUROPSYCHOLOGIA.2009.01.037](https://doi.org/10.1016/j.neuropsychologia.2009.01.037)
- Reisberg, D. y Hertel, P. (Eds.) (2004). *Memory and emotion*. Oxford University Press.
- Reisberg, D. y Heuer, F. (2004). Memory for emotional events. En D. Reisberg y P. Hertel (Eds.), *Memory and emotion* (pp. 3-41). Oxford University Press.
- Ribot, T. (1907). La mémoire affective. Nouvelles remarques. *Revue Philosophique de la France et l'Étranger*, 64, 588-613.
- Rimmele, U., Davachi, L., Petrov, R., Dougal, S. y Phelps, E.A. (2011). Emotion enhances the subjective feeling of remembering despite lower accuracy for contextual details. *Emotion*, 11(3), 553-562. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/A0024246](https://doi.org/10.1037/a0024246)
- Rubin, D. (2006). The basic-systems model of episodic memory. *Perspectives on Psychological Science*, 1(4), 277-311. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/J.1745-6916.2006.00017.X](https://doi.org/10.1111/j.1745-6916.2006.00017.x)
- Rubin, D. y Kozin, M. (1984). Vivid memories. *Cognition*, 16(1), 81-95. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/0010-0277\(84\)90037-4](https://doi.org/10.1016/0010-0277(84)90037-4)
- Russell, J. A. (1980). A circumplex model of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39(6), 1161-1178. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/H0077714](https://doi.org/10.1037/H0077714)
- Russell, J. A. y Barrett, L. (1999). Core affect, prototypical emotional episodes, and other things called emotion: Dissecting the elephant. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76(5), 805-819. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0022-3514.76.5.805](https://doi.org/10.1037/0022-3514.76.5.805)
- Rusting, C. L. y DeHart, T. (2000). Retrieving positive memories to regulate negative mood: Consequences for mood-congruent memory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 737-752. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/0022-3514.78.4.737](https://doi.org/10.1037/0022-3514.78.4.737)
- Scheff, T. (1981). The distancing of emotion in psychotherapy. *Psychotherapy: Theory, Research and Practice*, 18(1), 46-53. [HTTPS://DOI.ORG/10.1037/H0085960](https://doi.org/10.1037/H0085960)
- Sedikides, C., Wildschut, T., Arndt, J. y Routledge, C. (2008). Nostalgia: Past, present and future. *Current Directions in Psychological Science*, 17(5), 304-307. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/J.1467-8721.2008.00595.X](https://doi.org/10.1111/j.1467-8721.2008.00595.x)
- Singer, T. y Tusche, A. (2014). Understanding others: Brain mechanisms of theory of mind and empathy. En P. Glimcher y E. Fehr (Eds.), *Neuroeconomics: Decision making and the brain* (pp. 513-532). Academic Press. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/B978-0-12-416008-8.00027-9](https://doi.org/10.1016/B978-0-12-416008-8.00027-9)
- Sutton, J. (2010). Observer perspective and acented memory: Some puzzles about point of view in personal memory. *Philosophical Studies*, 148(1), 27-37. [HTTPS://WWW.ISTOR.ORG/STABLE/40606313](https://www.istor.org/stable/40606313)
- Tenney, Y. (1989). Predicting conversational reports of a personal event. *Cognitive Science*, 13, 213-233. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/0364-0213\(89\)90004-9](https://doi.org/10.1016/0364-0213(89)90004-9)
- Trakas, M. (2015). *Personal memories*. Tesis doctoral inédita, Macquarie University y Ecole des hautes études en sciences sociales. [HTTP://HDL.HANDLE.NET/1959.14/1069913](http://hdl.handle.net/1959.14/1069913)
- Trakas, M. (2019). On epistemic responsibility while remembering the past: The case of individual and historical memories. *Les Ateliers de l'Éthique / The Ethics Forum*, 14(2), 240-273. [HTTPS://DOI.ORG/10.7202/1071139AR](https://doi.org/10.7202/1071139AR)
- Trakas, M. (2021). No trace beyond their name? Affective memories, a forgotten concept. *L'Année Psychologique*, 121(2), 129-173. [HTTPS://DOI.ORG/10.3917/ANPSY1.212.0129](https://doi.org/10.3917/ANPSY1.212.0129)
- Tulving E. (1972). Episodic and semantic memory. En E. Tulving and W. Donaldson (Eds.), *Organization of memory* (pp. 381-402). Academic Press.
- Tye, M. (2008). The experience of emotion: An intentionalist theory. *Revue Internationale de Philosophie*, 243(1), 25-50. [HTTPS://DOI.ORG/10.3917/RIP.243.0025](https://doi.org/10.3917/RIP.243.0025)

- Williams, B. (1985). *Ethics and the limits of philosophy*. Routledge.
- Wollheim, R. (1984). *The thread of life*. Cambridge University Press.
- Wright, D. y Gaskell, G.D. (1992). The construction and function of vivid memories. En M.A. Conway, D.C. Rubin, H. Spinnler y W. Wagenaar (Eds.). *Theoretical perspectives on autobiographical memory* (pp. 275-293). Kluwer Academic Publisher.
- Yonelinas, A. P. y Ritchey, M. (2015). The slow forgetting of emotional episodic memories: An emotional binding account. *Trends in Cognitive Sciences*, 19(5), 259-267. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/J.TICS.2015.02.009](https://doi.org/10.1016/j.tics.2015.02.009)